

FOLLETOS LITERARIOS

II

CÁNOVAS Y SU TIEMPO

(PRIMERA PARTE)

OBRAS DE LEOPOLDO ALAS

(CLARÍN)

El derecho y la moralidad.
Programa de economía.

Solos de Clarín (3.^a edición).
La Literatura en 1881 (en colaboración), 3.^a edición.
La Regenta (novela), dos tomos.
... Sermón Perdido (2.^a edición).
Pipá (novelas cortas).

EN PUBLICACIÓN

Folletos literarios. I Un viaje á Madrid (publicado).
II Cánovas y su tiempo (Primera parte).

EN PREPARACIÓN

Una medianía (novela).
Esperaindeo (novela).
Nueva campaña, 1886 (crítica).

II

CÁNOVAS Y SU TIEMPO

(PRIMERA PARTE)

POR CLARÍN

(LEOPOLDO ALAS)



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2.

1887



Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



I

CÁNOVAS TRANSEUNTE

Mientras yo relato el cuento
de cómo vos conocí.

(N. SERRA.)

No recuerdo si corrían los últimos días de Abril ó los floridos de Mayo, ni del año podré decir sino que era uno de los cinco primeros de la restauración de Alfonso XII.

Sobre la calle de Alcalá volaban nubecillas tenues como una espuma de las olas de azul de allá arriba. Madrid alegre, salía á paseo y se parecía un poco al Madrid que soñó Musset, con sus marquesas á *l'œil luttin*, sus toros... embolados, sus serenatas, sus *escaleras azules* y demás adornos imaginarios. Cuando Madrid toma cierto aire andaluz en los días de sol y de corrida, parece lo que no es, y el que ha vivido

allí algunos años se abandona á cierta ternura *patriótica*, puramente *madrialeña*, que no se explica bien, pero que se siente con intensidad. Eran las tres ó las cuatro de la tarde; atravesaba el que esto escribe la calle, yendo de Fornos al Suizo, y en la ancha acera, debajo de los balcones de *La Gran Peña*, vió de cerca, por primera vez en la vida, á D. Antonio Cánovas del Castillo; el cual, olvidado al parecer de cuanto le rodeaba, ponía el alma entera en su íntima plática con una de las mujeres más hermosas que podían pasearse por la corte. Aunque la comparación esté muy manoseada, parecía una virgen de las más bellas del Museo, que había saltado de su cuadro y había salido á tomar el sol por las calles alegres de la villa. Era rubia, más bien alta que baja, muy esbelta, de cabeza pequeña y modelada á lo divino; cabeza en que el oro tomaba un reflejo de aureola. Era una mujer de *ambiente espiritual*; y tanto, que metido en su zona D. Antonio, que se acercaba bastante, también tomaba sus tintes ideales, y á pesar del bigote de blanco sucio y de púas tiesas, y á pesar de los ojos que bifurcan, y á pesar del mal torneado *torso*, y del pantalón prosaico, muy holgado y con rodilleras, no *desentonaba* el grupo por completo, ni mucho menos pasaba á la categoría de chillón contraste.

Como la dama no sé quién era, y en todo

caso el ser amado no deshonorra, y como el señor Cánovas es libre y puede contraer justas nupcias, y por tanto, usar de todos los derechos que para el ejercicio de ese son necesarios, no habrá indiscreción en decir que á mí se me figuró ver en los ojos del expresidente del Consejo de Ministros algo muy semejante al amor, si no era el amor mismo. Y tal como la bien avenida pareja de palomas se esponja al sol, ó bañando las erizadas plumas en las gotas de lluvia fresca y sutil, y en tanto el macho arrastra la cola, caracolea y sacude ondulante el cuello hinchado, de donde salen suaves murmullos de pasión perezosa, así Cánovas y la virgen del Museo se esponjaban al sol de la calle de Alcalá, ella, coqueta á la inglesa, él, galán como el más pintado de Lope.

Como el palomo del simil, D. Antonio llegó al extremo de girar en redor de su desconocida (es decir, de *mi* desconocida), no sin tomarla antes una mano, como quien hace que se despierte y se queda. No sacudía aquella mano, según la moda grosera de entonces, sino que entre las dos suyas la sustentaba con disimuladas caricias... Y la conversación seguía en tanto animada, pienso que espiritual, pues lo era la sonrisa en ambos. No había allí escándalo ni con cien leguas, que esto tiene el saber hacer las cosas; ningún transeunte paraba la atención en el

grupo, ni mucho menos los del grupo en los transeúntes. Sólo yo era allí atento espectador, sin cuidarme de disimular mi curiosidad, pues ni la dama ni el galán veían cosa que no fuera ellos mismos. Llegó el momento de separarse; don Antonio habló al oído de su amiga, hubo un apretón de manos, *callado*, serio, sentimental por lo fuerte; y prolongando el roce de los guantes con la carne al separarse los dedos, al fin se fué cada cual por su lado, sin volver ninguno la cabeza. El rostro de la hermosa cambió de expresión en seguida, en cuanto dió ella el primer paso calle abajo; la sonrisa ideal había desaparecido; en aquellos ojos y en aquella frente sólo se vió la seriedad prosaica, hasta donde puede ser prosaica una divinidad, de la reflexión fría y atenta. La virgen del Museo se convirtió como por encanto en la *Musa de la aritmética*. A lo menos tal me pareció. Pero no pude seguirla, porque el personaje principal para mí era el otro, Cánovas, que tomó por la calle de Sevilla. El seguía sonriendo á sus imágenes, llevaba la cabeza erguida, miraba al cielo, y de puro distraído no contestaba á los saludos exagerados de tal cual transeúnte que le reconocía. Algunos, después de pasar á su lado, se volvían para admirar no sé si al grande hombre ó al gran Presidente del Consejo.

Al llegar á la Carrera de San Jerónimo, torció

á la derecha, camino de la Puerta del Sol. Era su andar como el de azotacalles distraído que no sabe á dónde va, ni le importa ir á un lado ó á otro. A los pocos pasos atravesó la calle y se detuvo ante el escaparate de la que es hoy librería de Fè, y que entonces era, si mal no me acuerdo, de Durán todavía.

Con la atención codiciosa de una dama que registra detrás de los cristales las joyas acostadas en muelle cama de terciopelo, Cánovas, torciendo un poco la cabeza, gesto de miope, leía los rótulos de los libros nuevos, y tal vez olvidaba un punto las dulces emociones que desde el Suizo venía saboreando. Después que leyó todos los letreros que quiso, dió un paso hacia la puerta de la librería, echó mano al picaporte..., pero lo soltó en seguida, cambió de idea, y siguió andando. Iba como antes, sonriendo; pero su sonrisa era ya más complicada.

No cabía duda; el presidente saboreaba con deleite la vida aquella tarde: me precio de observador mediano, y aquella mirada vaga y alegre, aquel andar ondulante y otros signos que se ven y no se describen, me revelaban el pensamiento del grande hombre, es decir, del gran Ministro.

Cánovas tiene bastante imaginación para gozar de esa perspectiva espiritual en que hay como una síntesis de los placeres, de la alegría,

de los bienes que nos han tocado en suerte. Suele provocar este delicioso espectáculo del panorama de nuestra dicha la feliz conjunción de algunos fenómenos halagüeños que, como en la obra de arte, en la novela, en el drama, se juntan á veces en la vida de tal forma, que se hacen transparentes, significativos y sugestivos á la par; y convertidos en símbolos, y sugiriendo mil ideas de color de rosa, nos llevan al éxtasis egoísta, tal vez el más intenso, que nos tiene amarrados por horas ó por días al engaño de ver el mundo como hecho para nosotros, bueno, suave, risueño, preparado por Dios como el escenario de un drama para el interesante espectáculo de nuestra feliz existencia.

Cánovas, sin duda, se contemplaba con deleite aquella tarde en que se daba asueto, y á pié, como cualquiera, recorría las calles, y ora tropezaba con el amor, ora con el arte, con la poesía; es decir, con sus aficiones más intensas, según él, aunque en esto haya ilusión probablemente.

También, para mí, el paseo de Cánovas tenía algo de simbólico, en el sentido más alto en que el símbolo significa tal vez la forma más pura y esencial de las cosas.

Era aquella una escapatoria del hombre de Estado, del sér oficial, abstracto según la ley, que representa, como un maniquí, personifica-

ciones acaso falsas aun en idea; era la escapatoria del jefe de un Gobierno, que se reconocía hombre en un rato de buen humor.

No todos los jefes de gobierno son capaces de ser hombres además. Por supuesto, dando al *homo* un valor que no alcanzan la mayor parte de los que, por ser bimanos é implumes, ya quieren entrar en tan rara y elevada categoría. Haced á Romero Robledo presidente del Consejo, y será incapaz de ser ya otra cosa en su vida.

Cánovas sí; Cánovas es algo más que un político, es decir, más que un artefacto de palo con juego en las manos, en los pies, en el espinazo y en la lengua; Cánovas es además un hombre. Aunque llegara el tiempo fabuloso en que se encargaran de la cosa pública las personas, las verdaderas personas exclusivamente, Cánovas podría continuar siendo político.

Pues bien, aquella tarde sacaba á paseo al *hombre* que lleva dentro del uniforme de ministro, y á los pocos pasos encontraba á la *mujer*, sanción de todo mérito, único premio cierto de toda ambición grande.

No se haría la ilusión D. Antonio de que le querían por su cara bonita, como se dice familiarmente; pero no padecería su amor propio aunque le quisieran por su grandeza, por el brillo de su posición y por la gracia de su talento,

de su donosura mundana. Ser amado por lo mismo porque se sirve para modelo de un pintor, podrá ser halagüeño; pero la mujer también sabe apreciar otras bellezas, especialmente la mujer más digna de ser amada, la que piensa y siente con originalidad y delicadeza, un tanto desprendida de los groseros instintos, superior en parte á la tendencia animal del sexo.

Legítimamente podía D. Antonio ir satisfecho de sí mismo, como un *D. Juan espiritual*, por lo menos... Además, la dicha no se analiza tanto. Todas las cosas, descomponiéndolas demasiado, se reducen á átomos insípidos, incoloros é inodoros. El átomo es una cosa que, de puro insustancial, quizá no existe. D. Antonio no tenía para qué valerse de esa química psicológica que han inventado los taciturnos, los misántropos, buscando la fórmula probable del amor que inspiraba. En parte se le quería por poeta, en parte por hombre rico, en parte por hombre influente, en gran parte por caballero cumplido, en otra no menor por galán de ameno trato, de conversación chispeante, por perfecto hombre de mundo, que es además hombre de Estado, por orador del Parlamento, por autor del prólogo á *Los dramáticos contemporáneos* de Novo y Colson... ¡Sabe Dios! ¡Se le podría querer por tantas cosas!... El hecho era que se le amaba.

No: no tenía cara de analizar en aquellos momentos el ilustre transeunte.

Primero la mujer... después las letras...

II

INTERMEZZO LÍRICO

Pero antes de meterme en honduras, quiero hacer algunas advertencias que importan á mi crédito de hombre serio, sincero, cabalmente honrado y libre de toda pasión vil y pequeña.

Por estas advertencias debí haber empezado; pero el natural deseo de halagar el gusto dominante, que no puede ver las introducciones, me hizo tal vez prescindir hasta de mi fama para comenzar hablando cuanto antes de mi hombre, ó, mejor diré, del hombre de su siglo.

Además, tan acostumbrados nos tiene Cánovas á hablar casi exclusivamente de su persona importantísima, hasta en los momentos en que más prisa corre hablar de cualquier otro, que acaso yo, por equivocación, habiéndome propuesto empezar tratando de mí mismo, la tomé con D. Antonio, como él hubiera hecho de fijo en situación análoga.

Entre el capítulo anterior y éste han mediado algunos días; los más de ellos, por motivos que

no importan á mis lectores, los he dedicado yo (1) á meditaciones filosóficas y lecturas graves. Después de estar pensando en si el mundo es esto ó lo otro, en si *esto* acabará como el rociador de la aurora, ó por enfriamiento, como el teatro español, ¡quién se acuerda de querer mal al señor Cánovas!

Yo nunca le he querido mal ni bien, de ninguna manera; me encuentro con que muchos de mis contemporáneos y conciudadanos, la mayor parte con sueldo, le admiran, á veces le adoran, y resulta al cabo que es un hombre *encombrant* en francés, y en español insoprible.

Pero esto no me autoriza á mí para pretender burlarme del Sr. Cánovas como cualquier mequetrefe. Podré ser vulgar, superficial, insignificante en mis escritos, pero hoy no quiero serlo á sabiendas, y sé y siento que la materia que he escogido para este folleto literario ofrece el peligro de la vulgaridad más odiosa: la murmuración frívola, vanamente injusta, la maledicencia ridículamente pedantesca. *Vade retro!*

¿Por qué engañarme á mí mismo? Si mi espíritu no está ahora para bromas ligeras, no debo dejar que la pluma resbale por la corriente de los lugares comunes de la ironía. ¡Cuántas

(1) Entiéndase, cuando digo yo, que hablo de mí, y no de Cánovas. *Anch'io... son'io.*

veces, por cumplir un compromiso, por entregar á tiempo la obra del jornalero acabada, me sorprende en la ingrata faena de hacerme inferior á mi mismo, de escribir peor que sé, de decir lo que sé que no vale nada, que no importa, que solo sirve para llenar un hueco y justificar un salario!... Mas ahora no ha de ser así; acabo de leer no sé qué de Schopenhauer, de ese Schopenhauer que ya fastidia á los revisteros de Paris, que tal vez no le han leído; y de tristeza en tristeza, de ternura en ternura, de pudor en pudor, he venido á parar en un estado de ánimo ante el cual Cánovas vale tanto como cualquiera; y en su calidad de hombre, despojado de todos sus paramentos, reales ó imaginarios, merece más que respeto, amor, el amor que se deben los hermanos, aunque resulte cierto que no todos venimos del mismo padre.

Por todo lo cual, y por otros muchos motivos no menos dignos de ser puestos en verso por lo que tienen de líricos, protesto contra la maliciosa suposición de que «este trabajo» pretenda molestar al Sr. Cánovas ó á sus admiradores. Aquí no hay apasionamiento: voy á hablar del autor de *La Campana de Huesca*, ó de *Vellilla*, ó lo que sea, tal como es, ó á mí me parece por lo menos; y voy á hablar de él comparándole con su tiempo, que es lo que corresponde, pues en los siglos pasados no se sabía de Cánovas

vas, diga lo que quiera *La Época*, ó á lo sumo se sabría de él que estaba haciendo mucha falta; sería un deseo vago, una aspiración al *no sé qué* de las generaciones ya muertas. Bueno, ahora resulta que *ese no sé qué* era Cánovas; pero nuestros antepasados no podían adivinarlo. De lo que podemos estar seguros todos es de que, una vez nacido, ya hay Cánovas para rato. Comienzo, pues, á tratar de él y de algunas de sus obras como Spinoza quería: *sub specie aeternitatis*.

Y, por supuesto, sin despojarme de este aire melancólico y filosófico, que nos hace medir todas las cosas por un rásero, y exclamar con Carlos V en el *Ernani* de Verdi: *perdono á tutti*.

III

CÁNOVAS POETA

Aquí es donde yo, si tuviera mala intención, podría cargar la mano. Pero decidido á proceder con la nobleza á que dejo hecha referencia, prescindiré de todo, ó de casi todo lo que pudiera ser desfavorable al Sr. Cánovas, y me limitaré á considerar su vida poética sólo en cuanto nos sirva de documento, como hoy se dice, para el estudio psicológico de nuestro personaje. Porque debo advertir que es un estudio psicológi-

co principalmente lo que estoy haciendo, aunque hasta ahora no se haya conocido.

Si Cánovas se hubiera contentado con ser poeta allá en sus mocedades, hablar hoy de sus versos hubiese sido una impertinencia. Muchos hombres que después han figurado como lumbreras en la Administración, llegando á cobrar sueldos episcopales, han comenzado por ahí, por la poesía, generalmente la erótica y la heroica; de veinte consejeros de Estado ó magistrados del Supremo, diez por lo menos han comenzado su carrera escribiendo odas patrióticas y poniendo en relación al Moncayo con el mes de las flores, por razón de lo que llamaban antiguas retóricas el *similiter desinens* y el *similiter cadens*. El furor pimpleo y aquellos arrestos pin-dáricos de la desordenada fantasía eran un modo inconsciente y disfrazado de anhelar los más altos puestos que puede ofrecer una burocracia bien servida.

Con un poco de experiencia en el arte espinoso de la crítica al pormenor, se puede adivinar en la más fantástica y aun vaga poesía, si todas aquellas

aguas corrientes, puras, cristalinas

de Castalia irán á desembocar en una oficina. Yo conozco muchos jefes de negociado, ó cosa así, que hace apenas diez años estaban empeña-

dos en restaurar el teatro de Lope y de Tirso, ó la égloga de *Garcí-Lasso*. ¡Qué Lasso ni qué Garcí! Todo aquello era una secreta comezón de nómina.

Pues bien; en los versos antiguos de Cánovas se ve eso mismo: aquel suspirar por todo, aquel adorar al universo en una mujer (creo que llamada Elisa ó Luisa, de esto no estoy seguro) ⁽¹⁾, y aquel respeto á las creencias de nuestros mayores, en medio de tanto arrebató lírico, parecían anuncio seguro de la brillante carrera política y administrativa de nuestro AUTOR (como escribe Sedano, el del Parnaso Español). En no sé qué libro viejo, tal vez una colección de alguna Revista trasnochada, vi, ya hace años, versos de Cánovas, versos auténticos. Recuerdo que la impresión era mala; el papel, delgado y amarillento, daba á aquel romanticismo manido un aspecto repugnante. Pues á pesar de tan desfavorable catadura, yo adivinaba al leer aquello—verdad es que adivinar *a posteriori* es fácil—el porvenir glorioso y lucrativo que aguardaba al poeta. Daba gana de gritarle: *Macte animo, generose puer!* ¡Sus y á ellos! deja á esa melindrosa y empréndela con los expedientes; agárrate á un periódico, después á un ministro,

(1) Para aclarar este punto, así como si el tío de D. Antonio se escribe con B ó con V, consúltese á otros autores: al Sr. Cánovas mismo, por ejemplo.

más tarde á una bandera política, en seguida á una poltrona... medra, sube, crece... y olvida á la Elisa de tus pecados, y esos otros tormentos de que hablas, que son puro flato; ya llegará el día en que todas las Elisás de este mundo se mueran por tus pedazos y sus consecuencias; y en que esa desdeñosa, esa Marcela relamida cifre todo su orgullo, como la *Federica Brion* de Goëthe, en haber sido amada, si no por el Gran Pagano de Weimar, por el Gran Cobrador de Málaga.

En suma, aquellos versos de Cánovas no eran mejores ni peores que los que habrán escrito en igual caso Retes, Rodríguez Rubí, Catalina, Casa Valencia, Casa Sedano, y tantos y tantos otros ilustrados oficinistas y hombres políticos que han escrito ó deben de haber escrito versos.

Sin embargo, advertiré que ya en aquellos primeros ensayos se nota la tendencia que más tarde ha de caracterizar poderosamente el estilo de Cánovas; ya allí se nota, digo, el prurito de decir las cosas de modo que el diablo que las entienda. Más adelante alambicó su *manera* nuestro *Autor*, hasta tal punto, que lo corriente en él ya no fué ser oscuro, sino decir lo contrario de lo que se había propuesto.

De todas suertes, de la primera época poética de Cánovas, de los años de aprendizaje, como si dijéramos, no hay para qué hablar; todos aque-

llos delitos han prescrito, le han sido perdonados, porque ha ascendido mucho, y el sacarlos á plaza es digna hazaña de algún gacetillero despechado á quien D. Antonio no haya querido dar un destino.

Creí yo largo tiempo que no había más versos de mi *Autor* que aquéllos, los antiguos; y ¡cuál fué mi sorpresa cuando supe que el Sr. Cánovas insistía en que él tenía algo allí (donde lo tenía Chénier), y algo que debía brotar, no en forma de vegetación cutánea, sino en forma métrica, más ó menos decimal.

Esto era ya poca formalidad. ¿Hace versos Sagasta? ¿Los hace López Domínguez? ¿Los hacía Posada Herrera? ¿Los hicieron Mon, Arrazola, Negrete? No, no los hicieron.

Mucho tiempo estuve creyendo que las poesías *canovísticas* que sacaba á relucir, para sacudirles el polvo, Venancio Gonzalez, ó sea un saludísimo escritor carlista, eran invenciones del crítico ó antiguallas de que D. Antonio renegaría. No, no era así. Los versos eran recientes, acababan de salir del horno; de modo que el mal genio de Cánovas todavía podía explicarse por aquello de la naturaleza irascible de los poetas, por el manoseado *genus irritabile vatum*.

¡Quién había de decir que cuando D. Antonio vociferaba su constitución interna, como si la estuviera pariendo con dolores, allá en el banco

azul, y daba puñetazos á diestro y siniestro, y perdía el hilo, y echaba espuma por la boca, había que ver en él al *mantés*, al profeta, al vate inspirado, en sus horas de calentura!

Pero ¿qué clase de versos salían de aquellas irritaciones?... ¡Horror causa recordarlo! Los versos peores que se han escrito en España en todo el siglo.

Sí, es preciso decirlo muy bajo: los versos de Cánovas son hoy peores que ayer, mañana peores que hoy.

El Sr. Cánovas, en muchos de sus escritos, ha dejado y sigue dejando á la posteridad períodos y más períodos de tamaña sintaxis, que ni con la mejor buena fe del mundo se pueden entender, ni aun ayudada la buena fe con mucha perspicacia. Pues bien; si en prosa es Cánovas á menudo laberíntico, en el verso se crece y cultiva un *dieciseisismo*, como él diría (que otros barbarismos ha dicho), un gongorismo de su invención, que consiste en no poner un solo vocablo en su sitio y hacer que las palabras quieran significar lo que no pueden. Añádase á esto un arte exquisito para llenar de flato los versos mediante hiatos sin cuento, y la habilidad de convertir en granito los endecasílabos, haciendo brotar en ellos, por milagro de la musa, una vegetación tropical de cacofonías, y se tendrá una idea de lo que es la *manera* moderna de este

demonio de *parnasiano* español, que á lo mejor es el que manda en todos los españoles que no somos parnasianos.

Por lo que respecta al fondo, el Sr. Cánovas, en poesía, es un cubo de las Danaides, como diría el difunto D. Pedro Mata. El Sr. Cánovas no tiene fondo poético.

Y esto es ya más serio. Si; el Sr. Cánovas es el hombre más prosaico del mundo. Ha ido á la poesía, como á todo, por vanidad. Leyendo sus versos, lo primero que se advierte es el fuelle del orgullo. Versifica con soplete. Él cree que ha llenado hojas y más hojas con delirios poéticos, con pensamientos, confesiones del alma, sueños de la fantasía... y nunca ha podido más que hincharse con aire de vanidad, pompas de jabón... de cocina. Su alma da de sí lo que tiene: un viento desencadenado de satisfacción interior, como diría la Ordenanza. El espíritu de este poeta es el *simoun* del orgullo, soplando eternamente sobre la aridez sentimental de las entrañas.

Sin saber de pronto por qué, muchas veces, al leer *poesías* de Cánovas, me he acordado de Otero y de Oliva, que murieron en garrote.

Cánovas *ripiar* la vida como los versos. El ripo es, á su modo, una falsedad. Es lo opaco pasando plaza de transparente; es la piedra haciendo veces de pensamiento, la nada dándose

aires de Creador. *Ripiar* la vida es llenar el alma de cascajo para hacerse hombre de peso; es llegar á cierta estatura añadiéndose un suplemento de cal y canto; es ser un lisiado y convertirse en un hombre completo de palo. Cánovas, á pesar de su egoísmo, está lleno de *cueros extraños*. El estilo es el hombre; pero cuando el hombre es un *barro cocido*, el estilo es *terroso*.

Todo esto es importante para mi asunto, porque he llegado ahora al quicio de este folleto, tratando, como de paso, esta cuestión de las entrañas poéticas del cantor de Luisa ó de Elisa.

Difícilmente se podría idear ironía más triste que el empeño de Cánovas de ser poeta. Es el peñasco que hace alarde de resistir el empuje de las olas y tiene la pretensión de criar en su ruda superficie las flores más delicadas.

En prólogos, en brindis, siempre que ha tenido que hablar en público de alguien que no fuera él, ha sabido aprovechar la ocasión para olvidarse del otro y contarnos algo de lo que al jefe de los conservadores le pasa por dentro ó le ha pasado por fuera. Nunca habla ni escribe D. Antonio, que no nos diga que es presidente de cien cosas, ó que hizo tal ó cual maravilla política; y si no esto, si olvida sus grandezas terrenales, vuelve con nostalgia los ojos al limbo de los recuerdos y de las ilusiones muertas; y maldiciendo su suerte, aunque sin la espon-

taneidad de D. Felipe Ducazcal, se queja del *hado, fatum, ananke*, en griego, que le condena á tener que salvar al país un día sí y otro no, y que no le permite consagrarse, con todo el ardor que le pide el cuerpo, á sus aficiones favoritas, al servicio de las Musas en uno ú otro ramo del furor pimpleo.

Así como D. Quijote decía que, si se lo permitieran sus caballerías, capaz sería de hacer, no sólo versos, sino jaulas y palillos de dientes, D. Antonio, que también sabe hacer jaulas y hasta criar pájaros (que á lo mejor le sacan los ojos); D. Antonio viene á indicar que él sería un Dante ó un Homero si no le llamasen á cada momento para salvar la nación. No hay más remedio, pues, que tomarle en serio lo de la poesía.

Su alma, á lo menos lo más recóndito y exquisito de ella, está en sus versos. Sea.

Pero yo entrego al brazo secular de Venancio González la poesía canovística por lo que toca á la retórica y á la poética, y para estudiar su alma de poeta, no tengo más remedio que remitirme á los capítulos en que trato de Cánovas en prosa. Y entonces iremos viendo cómo *ripi*a la vida, cuáles son los grandes ripios de la prosa de su existencia, digna de ser estudiada por una comisión de la Academia de Ciencias morales y políticas. ¡Ay, sí! El espíritu de Cánovas

es tan árido como el concepto del Estado de Colmeiro, ¡qué tiene que ver! ó las lucubraciones de D. José Barzanallana acerca del impuesto indirecto sobre los consumos.

Entremos en ese espartal por cualquier lado.

IV

CÁNOVAS... «LATENTE PENSANTE»

El *latente pensante* es un libro del señor Conde ó Marqués de Seoane, del cual hay traducciones en chino (no del Marqués, por supuesto), en alemán y en otra porción de idiomas. Yo no he leído el *latente* ese, como el lector supondrá, ni sé lo que es á punto fijo; pero creo, por conjeturas filológicas nada difíciles, que se trata en la *Pentanomia pantanómica del latente pensante* (título del libro de Seoane), de algún pensamiento oculto. Pues bien; yo voy á aplicar al estudio de la filosofía del Sr. Cánovas, si no el sistema de Seoane, el nombre del sistema.

¿Qué es Cánovas en cuanto *latente pensante*? Éste es el problema.

De Cánovas se puede decir lo que Gibbon decía de Leibnitz, al compararle con uno de esos grandes conquistadores que ambicionan un dominio universal. Leibnitz escribía lo mismo so-